

# El huevo de la paz

MAITE PAGAZAURTUNDUA

La búsqueda de la paz perpetua recorrió el siglo XIX. Comte y Spencer habían anunciado la muerte de la guerra. Federico Aznar señala todo esto en uno de sus magníficos estudios apuntando que «el 27 de agosto de 1928 quince Estados, entre los que se encontraban Alemania, Estados Unidos o Francia y al que se adheriría España, suscribieron el acuerdo Briand-Kellog, por el que condenaban la guerra, renunciando a ella como instrumento político».

Al calor de dicha declaración, la Constitución española de 1931, en su Título preliminar, artículo 6, declaraba: «España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional». Huelga cualquier comentario sobre las dos declaraciones, habida cuenta de las carnicerías humanas que se

conocieron entre los firmantes de las antedichas declaraciones, más allá de la constatación de la enorme carga de responsabilidad de los políticos de ayer y de hoy, así como de su optimismo juntando palabras.

Antonio Machado dejó por escrito la enorme estupidez de considerar de forma esencialista el pacifismo a ultranza. Lo apuntó con enorme desgarró, de hecho, como la forma de que triunfasen los matones y militaristas. Y es que «descartar a priori la guerra, tiene enormes costos y es peligroso, además de no ser realista». Y quien dice guerra podría poner, un decir, terrorismo u otra manifestación de la parte oscura de la condición humana. Pero nosotros vivimos bajo el tabú de que no haya un muerto más, ante la ETA que no se ha quitado la capucha, ni se ha disuelto. Es duro señalar el tabú.

La semana pasada, la mayoría de los partidos presentes en el Parlamento nacional, caracterizados por opiniones no coincidentes sobre la naturaleza del fenómeno terrorista etarra, su origen y su evolución, suscribieron palabras en un texto impecable y muy alabado por la mayoría de medios de comunicación. Ahora bien, el portavoz más autorizado de ETA en este asunto (Rufi Etxebarria, diciembre 2010: «Actuaremos al unísono con ETA») expresó que no va a la raíz del problema y pidió explicaciones a Urkullu. El otro de los portavoces autorizados habló entonces asegurando que el texto acordado en el Congreso no era real, ni eficaz para el final del ETA, salvo que se decidiera en la práctica no atender a la literalidad de las palabras.

Y ahí se nos destapó el Humpty Dumpty que Lewis Carroll inmortalizó en Alicia al otro lado del espejo:

–«La cuestión –zanjó Humpty Dumpty– es saber quién es el que manda..., eso es todo». El Humpty Dumpty que Barrena y ETA llevan dentro nos lleva al endeble huevo de la paz y al tabú que resulta tan fastidioso señalar en días como estos.